

¿La hora de África?

María Gabriela Mata Carnevali
FACES- UCV
matacarnevali@gmail.com

*The owl of Minerva spreads its wings only with the
falling of the dusk*

Hegel

Introducción

La historia de África, como la de la humanidad, es una toma de conciencia (Ki-Zerbo, 1981). La discusión acerca de cómo es producido el conocimiento sobre África, por quién y con qué objetivos, resulta por demás relevante en relación a la posición que ocupa el continente en nuestra mente y en el orden internacional. El África post colonial promueve una cultura de desarrollo, conjunto de normas, instituciones y prácticas que sirven de marco a su pensamiento y acción en distintas áreas, incluidas las relaciones exteriores, que, de este lado del mundo, a pesar de los lazos históricos que unen al llamado continente madre con América Latina, ignoramos casi por completo. Y, sin embargo, las grandes potencias y las potencias emergentes están embarcadas en una lucha por no quedar fuera de este proceso ¿Acaso ha llegado la hora de África y no lo sabemos? Para responder a esta pregunta con propiedad es menester dialogar con la historia.

Cómo hacemos historia refleja nuestra forma de pensar sobre la política, y cómo participamos en política afecta nuestra forma de ver la historia (Frederick Cooper, 2005). En consecuencia, como afirma Shotwell (1982), “la historia de la historia es el relato de aquel ahondar en la memoria y la curiosidad científica que da la medida de nuestra conciencia social y de nuestra vida intelectual”. África resulta ser un muy buen ejemplo.

La “idea de África” es, como afirma Mudimbe (1994), una “invención occidental”. Para este autor al principio dicha idea estaba basada en mitos, pero posteriormente cobró visos “científicos” gracias a la antropología, y por eso estaría tan arraigada. En su opinión, historias como el destino francés de Hércules en “Los Iconos” de Flavius Philostratus y los “espacios exóticos” de Robert Burtons, muestran lo “etnocéntrico” del discurso europeo, que explícitamente promovía su inequívoca vocación de imposición cultural a los que ocupan los “márgenes” de su espacio concreto y simbólico, creando “estereotipos” como los de “primitivo” y “salvaje” asociados al color de piel, con miras a justificar su misión “civilizatoria”. Pero no sería sino hasta el

final del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, gracias a la conjunción de la antropología y el proyecto colonial, que los conceptos emitidos cobraron cuerpo en la imagen del “colonizado”, negándose a abandonar nuestra psique.

La respuesta no se hizo esperar y vino de la mente y la pluma de grandes africanistas como Alain Bourgeois, Leopold Senghor, Eugene Guernier, Cheik Anta Diop y Joseph Ki-Zerbo, entre otros, que desde finales de la década del 40 del siglo pasado asumieron la necesaria tarea de la “revisión” o “reevaluación” de la Historia africana, reinterpretando los textos antiguos e interrogándose sobre la objetividad de la Historia a través del “panafricanismo”, movimiento político, filosófico y social, que promueve el hermanamiento africano, la defensa de los derechos de las personas africanas y la unidad de África bajo un único Estado soberano para todos los africanos, tanto de África como de las diásporas africanas; y su vertiente académico cultural, la “afrocentricidad”, que se avoca a destacar las contribuciones a la humanidad del África negra e indígena argumentando un origen nilótico de la civilización occidental.

Más allá del “panafricanismo” y el “afrocentrismo”, hace ya más de veinte años que se viene consolidando una brillante corriente historiográfica dedicada a los estudios de la “subalternidad”, que propone una conjunción interesante de las posturas anticolonialistas con las teorías post modernas. Dentro de este marco la cultura se entiende como un “elemento esencial en la producción y reproducción cotidiana de la vida social”, incluyendo las relaciones de poder. En otras palabras, es el proceso de resolución de la dominación y subordinación dentro de las relaciones sociales lo que define la cultura de los grupos dominantes y subordinados, colocando a la primera en posición hegemónica sobre la segunda, lo cual no siempre es aceptado pasivamente por parte de la población sometida. Esto implica un dinamismo que niega la visión tradicional de la cultura como un inventario estático de costumbres y pensamientos particulares, y sitúa esta categoría como un elemento constitutivo integral del proceso histórico; lo cual, a su vez, resalta la condición de agente de los seres humanos, es decir, su poder para cambiar el entorno en el que se desenvuelven (Dube, 1999).

Para efectos de este trabajo, nos acogemos a este novedoso enfoque que nos permite abordar las imaginaciones imperiales y las construcciones coloniales que perduran en la historia contemporánea de África, interrogar la añeja dialéctica de Imperio e Ilustración, y cuestionar la dinámica de raza y razón que sigue moldeando las formas de conocimiento en Occidente; pero, sobre todo, nos invita a profundizar en la comprensión de la dinámica de un continente que busca dejar atrás el rol “subalterno” que le ha sido asignado y que lo caracteriza como la parte “oscura” de nuestro mundo, reconociendo la “agencialidad”, o capacidad de acción, de los hombres y mujeres que luchan por hacer de su continente un lugar mejor para vivir.

Las ideas desarrolladas parten de dos observaciones planteadas en primera instancia por Achille Mbembe (2001, p.6): 1). Lo que se entiende por realidad social en África hoy es el producto de las prácticas sociales objetivadas, las cuales van mucho más allá del discurso y del lenguaje, aunque por supuesto, la experiencia existencial del mundo está

allí, como en todas partes, estructurada simbólicamente a través del lenguaje 2) El sujeto africano no existe separado de los actos que determinan su realidad, o separados del proceso a través del cual esas prácticas son imbuidas de significado.

Adaptándolas a nuestro propósito tendríamos entonces que: 1) Las prácticas de la dominación post colonial que configuran la realidad africana, y por tanto su ubicación en el orden internacional, obedecen a, o son reflejo de, el imaginario occidental. 2) Los africanos, como sujetos de su propia historia, crean nuevos significados que pueden ser interpretados de distintas maneras, y que nosotros escogemos leer como señales de un cambio en gestación.

1.- África en el orden internacional: Un producto del imaginario occidental.

El discurso y el espíritu de problematización de África lo invade todo, condicionando las relaciones con los países de este continente. Y sin embargo allí, como en todas partes, hombres y mujeres luchan por sus derechos, que es lo mismo que decir por su dignidad, las asociaciones de carácter civil se multiplican, se ensayan experiencias democráticas, los creadores, artistas y artesanos, dan fe de una extraordinaria vitalidad; en fin, las sociedades cada vez más urbanizadas vibran, se transforman y se proyectan con confianza hacia el futuro.

Eso no se ve. Lo que vemos es miseria y muerte. Se trata de una “imagen creada” en contraste con una “comunidad imaginada” que hay que desmontar. Según Benedict Anderson (1991): “De hecho, todas las comunidades más grandes que una aldea, en la que todo el mundo se conoce, e incluso quizás estas, son imaginadas”.

En otras palabras, el “imaginarnos” como parte de una comunidad definida por una “cierta cultura”, la cual consideramos por encima del resto, permite describir el proceso que lleva a la creación de la “imagen negativa de África” en el marco de los intersticios del conocimiento europeo y el poder occidental, dejando al descubierto el marcado sesgo político del discurso dominante, al subrayar la conexión y complicidad existentes entre el imaginario europeo y los estudios africanos hasta mediados del siglo XX; lo cual, como muy bien señala Said (1979), se aplica igualmente a los estudios asiáticos, pues en definitiva marca nuestra “representación” del “Otro”.

Según John y Jean Comaroff (1992), en el siglo XVIII Gran Bretaña (y con ella Europa) se vio atrapada en un vigoroso debate sobre conceptos como humanidad, razón y civilización. En los varios discursos sobre la modernidad impulsados por la era del capitalismo, el llamado continente negro se asomaba como la negación de todo lo que evolucionaba hacia la luz. Dicha imagen era tan fuerte que hasta el propio Hegel (1770-1831), considerado por la historia clásica de la Filosofía como el representante cumbre del Idealismo y un revolucionario de la Dialéctica, en sus Lecciones sobre la filosofía de la historia universal escribió:

África (...) no tiene interés histórico propio, sino el de que los hombres viven allí en la barbarie y el salvajismo, sin suministrar ningún ingrediente a la civilización (...) es un

Eldorado recogido en sí mismo, es el país niño envuelto en la negrura de la noche, allende la luz de la historia consciente. (Hegel, GWF, 1982, p. 17).

Así, África no era digna siquiera de entrar en la Historia. Es más, se la suponía carente de Historia por el hecho de que en la mayoría de las sociedades africanas la escritura no había sido privilegiada. Como señala Yoro K. Fall (1988):

Podemos suponer que para el europeo del siglo XIX _momento importante dentro de la elaboración de la forma en que Europa se ve a sí misma y al resto del mundo y momento cumbre de la redacción de la historia europea por la abundancia de fuentes escritas_ solo la escritura, (las fuentes escritas y debidamente conservadas) hacían la Historia

Dentro de este juicio negativo de la cultura africana, se asumía que África tampoco tenía religión. Sólo supersticiones o “*lower religions*”. La cuestión de “las religiones”, en plural, surgió, dice Smith (1998), en respuesta a una explosión de “datos” producto de un mayor dominio de las lenguas orientales a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, lo cual permitió la traducción de muchos textos religiosos y el acopio de numerosas descripciones etnográficas de parte de misioneros, autoridades coloniales y visitantes. El problema está en su “clasificación”, la cual no puede hacerse sin caer en las odiosas comparaciones. Smith describe como esto ha llevado a los entendidos a hablar de religiones “altas” o “superiores”, caracterizadas por una gran espiritualidad, o de religiones “mundiales” por la cantidad de adeptos, y religiones “bajas” o *lower religions* las cuales, por contraste, carecerían de ambas cosas. Esto plantea, a su juicio, la urgencia de la tarea pendiente en cuanto al concepto universal inexistente de Religión, pero además deja patente una nueva arista de la lectura negativa de la que es objeto el continente africano.

El problema es que, por añadidura, la cultura occidental se convirtió en el espejo en el que hemos de mirarnos todas las otras. Como dice el mismo Mazrui (*Op cit*):

Europa inventó el mundo o el concepto del mundo (...) en los caminos de sus viajes de descubrimiento en los siglos XV y XVI, pero además impuso su punto de vista a los pueblos de otros continentes (p.23)

La visión del mundo propio y ajeno fue dramáticamente trastocada, convirtiendo a la modernidad en “todos los nombres de la Historia”. Según Harry Harootyan (2000), el modernismo, la ideología de lo moderno, ha absorbido indefectiblemente todas las historias precedentes, prefiguraciones de momentos que ahora deben ser sobrepasados. t

Hoy, la historia del continente africano la escriben también los medios de comunicación y ellos son responsables de que la imagen negativa heredada del imaginario europeo persista, permeando incluso la producción académica reciente de la cual se retroalimenta en un círculo vicioso.

La información que nos llega de África rinde culto a la muerte, transmitiendo en vivo y en directo la agonía en los rostros de hombres mujeres y niños africanos atrapados en guerras interétnicas, muriendo de hambre o víctimas de las inclemencias de la geografía y de enfermedades como el sida, la malaria y otras enfermedades que hace tiempo dejaron de atormentar al resto del mundo. Parece que las cámaras y las plumas de los periodistas están para contar la historia de la muerte, no la intensidad de la vida y la

fuerza de la esperanza. Cuando son generosos cambian la imagen de miseria por la de “exotismo”.

Las Organizaciones No Gubernamentales (ONG), que deberían ser agentes mediadores, han caído en los mismos errores con sus publicidades llenas de fotos que causan lástima. Lo peor es que las noticias en pantalla se han convertido en una nueva “fuente histórica”, sin considerar que muchas de ellas son manipuladas, ocultan datos o muestran otros sin contrastar con fuentes auténticas o documentos originales. Las imágenes son en su mayoría de archivo y se reutilizan una y otra vez incluso para ilustrar temas diferentes.

Como ayer, detrás de todo esto se oculta un interés político y económico: el control de sus mercados y sus recursos naturales.

2. La nueva repartición de África

Más allá de las políticas de la “compasión” se desarrolla una competencia creciente entre las grandes potencias y las potencias emergentes sobre este continente que ha pasado a ser el centro de un juego de intereses contradictorios, *the new scramble for Africa* (Southall, R. y Henning M., 2009; Fouchard, 2008; Lee M., 2006).

La nueva lucha por Africa, *the new scramble for Africa*, es descrita por los especialistas como la tercera batalla por la repartición de África después del establecimiento de las fronteras coloniales en la Conferencia de Berlín de 1885 y la división en zonas de influencia entre Estados Unidos y la Unión Soviética durante la Guerra Fría (1947-1989). Esta nueva batalla tendría dos caras: una “amable”, caracterizada por la campaña dirigida a “salvar” al continente de sus problemas estructurales (*Save Africa*), que en realidad esconde la verdadera cara, mucho más agresiva y marcada por el interés de controlar sus mercados y recursos naturales, que algunos han dado en llamar “imperialismo al desnudo” o “neo colonialismo”. Entre otros de sus rasgos distintivos están el convocar, además de las potencias tradicionales, a las potencias emergentes con China al frente, y contar con la complicidad de las elites gubernamentales africanas, las cuales ya no pueden ser vistas como “víctimas” sino como “participes” del pillaje.

Las consecuencias están por verse, pero desde ya se apuntan implicaciones importantes en materias clave como la gobernabilidad (íntimamente relacionada con el mantenimiento de las nacientes democracias) y los modelos de desarrollo (API, 2009).

América Latina parece simplemente obviar esta lucha de poderes. Para los latinoamericanos, a pesar de los innegables avances en el diálogo multilateral promovido por las cumbres ASA¹, África sigue siendo un continente pobre y digno de

¹ La II Cumbre América del Sur-África (ASA) tuvo lugar en Nueva Esparta, Venezuela del 24 al 27 de septiembre de este año. En la declaración final se exhorta a “fortalecer los sistemas regionales, a través de la promoción de instituciones financieras y monetarias favorecedoras desde una visión de solidaridad, cooperación (y) desarrollo regional”. La elaboración del informe consideró la anterior Declaración de la I Cumbre ASA celebrada en Abuja, Nigeria el 30 de noviembre de 2006, además de los esfuerzos realizados desde entonces para consolidar el proceso de integración y asociación estratégica entre nuestras regiones. Ver: <http://www.abn.info.ve/noticia.php?articulo=200719&lee=4>.

lástima. Por lo tanto, no es de extrañar que -con excepción quizás de Sudáfrica y los países de la OPEP- se la considere fuera de la nueva dinámica mundial o, en el mejor de los casos, integrada a ella sólo de manera superficial, lo que es atribuido a la incapacidad de los africanos para competir en el mercado libre; ignorando, los que así piensan, los antecedentes históricos y los criterios políticos que explican las desigualdades en la economía mundial (Varela, 2007); pero, sobre todo, haciendo caso omiso de los esfuerzos que se vienen adelantando al interior del continente africano por cambiar esta realidad.

En este contexto, y con miras a establecer unas relaciones más fructíferas, cabe pasearse por la evolución de las políticas exteriores africanas lo que, al fin y al cabo, resulta ser una mirada a la historia reciente de África, privilegiando la capacidad de acción de su gente. Cualquier relación implica mínimo dos actores, dos visiones con sus respectivos intereses. No es posible esperar buenos resultados si no se conoce como piensa la otra parte.

3 De las políticas exteriores africanas en el siglo XXI. Tendencias generales. ¿Renacimiento africano?

La mayoría de los estudios sobre la política exterior africana, siguiendo la perspectiva realista, pretende dar luz sobre los actores, contextos y resultados, buscando reconciliar los intereses nacionales con las circunstancias externas, tomando en cuenta los medios disponibles; Khadiagala y Lyons (2001:1), sin embargo, agregan un elemento significativo al identificar a las elites nacionales como actores importantes en todo el proceso de diseño e implementación de las distintas políticas exteriores. En general señalan que “a pesar de la diferencia abismal entre los múltiples objetivos y los escasos recursos a la disposición, las elites africanas siempre han tratado la política exterior como la vía para integrar sus Estados como actores efectivos en la arena internacional”. El énfasis sobre actores y contextos revelaría, a su juicio, “las bases institucionales de los actores y sus vínculos sociales”; pero, sobre todo, “el debate en torno a dualidades como identidad nacional y continental, soberanía y supranacionalismo, y diferenciación e integración, presente en los procesos de diseño e implementación de la política exterior en África”. De esta manera explican la práctica simultánea de nacionalismo y panafricanismo².

Pero bien vale la pena intentar una revisión más detallada para identificar los viejos temas y las nuevas tendencias en las políticas exteriores africanas.

² El panafricanismo, como se explicó en la introducción, puede definirse como un movimiento político, filosófico y social, que promueve el hermanamiento africano, la defensa de los derechos de las personas africanas y la unidad de África bajo un único Estado soberano, para todos los africanos, tanto de África como de las diásporas africanas. La teoría panafricanista fue elaborada principalmente por africanos de la diáspora norteamericana descendientes de personas esclavizadas como William Edward Burghardt Du Bois o Marcus Mosiah Garvey, y posteriormente llevada a la arena política por africanos nacidos en suelo africano como Kwame Nkrumah (Decraene, P. ,1962).

En los años 60 los análisis enfatizaban que la acción de la elite en el poder estaba condicionada por la necesidad de consolidarse en el gobierno y responder a las demandas socioeconómicas de sus sociedades, considerando el hecho de que sólo tenían un limitado control de los emergentes Estados post coloniales debido a la influencia de los actores externos, en especial, las antiguas potencias (Khadiagala y Lyons, Op cit:3). Según P.B. Harris (1970: 60-82), las políticas exteriores africanas en la década formativa estuvieron condicionadas por el miedo a ser víctimas de un nuevo tipo de explotación y la necesidad de resistir la creciente influencia de la Guerra Fría en el continente, lo cual llevó a la creación de instituciones regionales y a la elaboración de normas para el comportamiento diplomático con énfasis en el principio de no injerencia en asuntos internos.

En las décadas subsiguientes las elites africanas continuaron su labor en lo que Christopher Clapham (1977:79) describió como las limitaciones impuestas por “la pobreza, la desunión, las expectativas locales y la penetración externa”. Los análisis identificaban, sobre todo, estructuras de dependencia, penetración y subordinación en las Relaciones Internacionales y como los escasos recursos limitaban los objetivos de la política exterior a los contextos regional y continental (Khadiagala y Lyons Op cit: 3). Así, surgen importantes iniciativas como la Organización de la Unidad Africana (OUA), que abarcaba a todos los países africanos y la Comunidad Económica de Estados de África Occidental (ECOWAS), motivo de inspiración para otros esquemas de integración en las distintas regiones.

La competencia que se da entonces por el liderazgo regional y continental pone en evidencia que la formulación de política exterior en África responde, además de a las capacidades nacionales, al carisma y el poder de convocatoria de las grandes figuras o grandes personalidades. Khadiagala y Lyons (Op cit:4), ponen como ejemplo el contraste entre el liderazgo de Nigeria en ECOWAS, derivado de su poder económico, y los liderazgos de Nkrumah en el proceso de institucionalización en el continente y de Julius Nyerere en el proceso de liberación de la región sur de África, derivados del manejo ideológico. Pero, además, habría que decir que, en general, se considera a la política exterior, por el nivel de especialización que requiere, como un coto presidencial, una prerrogativa del Presidente y su Ministro de Relaciones Exteriores.

Entre los resultados de las políticas exteriores del continente en estas primeras décadas luego de las independencias se señalan la relativa seguridad alcanzada por los Estados y el muy relativo crecimiento económico, impulsado en gran parte por la ayuda externa para el desarrollo que se pudo conseguir a través de los organismos internacionales. Sin embargo, las condiciones que acompañaron esta ayuda serán objeto de protesta en la década de los 90 por parte de las poblaciones a las que le fueron impuestas. En algunos casos los líderes africanos respondieron con reformas económicas y políticas, pero en otros las presiones sociales llevaron al colapso total de los Estados. Y es que la de los 90 fue una década de cambios importantes al exterior y al interior del continente que, por supuesto, se reflejan en sus relaciones internacionales. Con el fin de la Guerra Fría, las crisis económicas y el consiguiente debilitamiento de los tradicionales regímenes

neo-patrimoniales³ hacia el interior de los países, cambia el contexto que daba piso a las distintas políticas exteriores.

Según Khadiagala y Lyons (Op cit: 6), durante la Guerra Fría, la rivalidad entre los dos super poderes y la interpretación que hicieron de sus intereses en suelo africano le permitió a muchos líderes locales aferrarse al poder. Por su parte, las instituciones internacionales apoyaron económicamente algunos regímenes, pero todo cambió con la caída del Muro de Berlín y el colapso de las economías. Es notable, por ejemplo, que dentro de los seis gobiernos que más recibieron ayuda de los Estados Unidos, cinco tuvieron conflictos en los 90: Etiopía, Liberia, Somalia, Sudán y Zaire (hoy República Democrática del Congo); y el sexto, Kenya, fue objeto de fuertes presiones sociales. Por otra parte, la pérdida del apoyo soviético alteró el rumbo de los gobiernos de Angola y Mozambique y las estrategias de liberación de las fuerzas rebeldes en Namibia y Sudáfrica. Al mismo tiempo, instituciones como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial impusieron un paquete de reformas estructurales de corte liberal a unos países ya debilitados por el enorme peso de la deuda y la corrupción, lo cual desataría el descontento de las poblaciones que vieron recortados los subsidios para alimentos y derogadas otras políticas para aliviar la pobreza.

En parte debido a la incapacidad de los gobiernos de responder a las crisis económicas y en parte como resultado de las presiones internacionales, algunos países africanos convocaron elecciones en un intento por buscar nuevas fuentes de legitimación interna y externa. En Kenya, Camerún, Gabón y Togo los resultados fueron manipulados por las elites gubernamentales para mantenerse en el poder; pero en Benín, Mali, Namibia, Malawi y, sobre todo, en Sudáfrica, la historia cambió para bien como resultado de la “agencialidad” de los pueblos. Estos experimentos con la democracia fomentaron nuevas instituciones como los partidos políticos y los Congresos o Asambleas Legislativas y dieron pie a una prensa más combativa con la creación de nuevos periódicos y estaciones de radio; actores éstos que se sumarán al contexto que rodea el proceso de formulación de política exterior de estos países (Crawford, Young, 1999; Varela entrevistada por Lucena, 2010). En otros, los gobiernos simplemente colapsaron y la sociedad internacional fue testigo de piedra de la violencia generada en Somalia, Liberia, Sierra Leona, Sudán, Lesotho y la República Democrática del Congo pero, sobre todo, del brutal genocidio de Rwanda (Clapham, 1996).

La continuidad de la debilidad estructural que obliga a las elites africanas a seguir usando la política exterior como fuente de legitimidad y de recursos económicos para mantenerse en el poder (Clapham, Op cit; Wright, 1999) compite, sin embargo, ya

³ Los regímenes neo-patrimoniales responden a la cultura política africana y se caracterizan por 4 elementos fundamentales: 1) carisma de los líderes, 2) constitucionalismo (reglas rígidas que se traducen en expectativas de rol y requerimientos rituales), 3) conflictos suma cero (maximización de las ganancias y las pérdidas) y 4) el síndrome del “hombre grande y el niño pequeño” (que se refiere a la división de la sociedad en superiores y subordinados o sistema clientelar) (Víctor Le Vine, 1980:657-673).

entrado el siglo XXI, con acentuados cambios en lo que se refiere a los actores, los intereses y las estrategias (Khadiagala y Lyons, Op cit: 7).

Según Khadiagala y Lyons (Op cit: 8-12), el derrumbe del apartheid en Sudáfrica y la presidencia de Mandela transformaron las relaciones en el sur del continente; mientras que en África oriental y central los cambios abrieron paso a lo que estos autores denominan “una nueva generación de líderes africanos” como Yoweri Museveni de Uganda, Meles Zenawi de Etiopía, Isaiás Afewerki de Eritrea y Paul Kagame de Rwanda. Pero, además de las nuevas personalidades, habría que señalar el fortalecimiento y multiplicación de las instituciones producto de la ola democrática, lo cual hace más complejo el cuadro en materia de actores e intereses al interior de los países. Fortalecimiento institucional que se refleja también a nivel regional en un creciente espíritu de integración económica y en la voluntad de asumir la responsabilidad de mantener la paz y la seguridad en el continente, todo lo cual potencia el surgimiento de actores hegemónicos regionales como Sudáfrica y Nigeria. Sus voces se dejan sentir fuertemente en la cruzada por la renovación de las instituciones y el Renacimiento Africano (*The African Renaissance*)⁴.

En efecto, los principios desarrollados en la Conferencia por la Estabilidad, la Seguridad el Desarrollo y la Cooperación en África (CSSDCA, por sus siglas en inglés) liderada por el ex presidente nigeriano Olusegun Obasanjo, sin duda influenciaron dos importantes iniciativas sudafricanas en el marco del llamado del ex presidente Thabo Mbeki por el “Renacimiento Africano”, como son la transformación de la Organización de la Unidad Africana (OUA) en la Unión Africana (UA) y la puesta en marcha de la Nueva Asociación para el Desarrollo de África (*New Partnership for Africa's Development*, NEPAD).

La UA, a diferencia de la OUA que nació con una vocación eminentemente libertaria, tiene como mandato lograr la paz y la “prosperidad” de los pueblos africanos. Esto le da un viso más acorde con los tiempos de hoy en comparación con el peso que tenían la lucha por la independencia y en contra del racismo en los años 60. Por influencia de Pretoria sus objetivos reflejan la importancia de la prevención sobre la resolución de conflictos y la necesidad de renunciar a la soberanía para facilitar la intervención externa en casos de extrema necesidad. Pero, además, la UA significa el triunfo de la visión moderada de Thabo Mbeki en cuanto a que los Estados y las instituciones del continente no deben precipitarse a formar una federación de Estados Unidos, como defendía el entonces Presidente libio Muammar Al Gaddafi, sino más bien buscar el orden a través de la construcción paulatina de instituciones sobre la base de normas y principios comunes (Landsberg, 2009:5).

⁴ *The African Renaissance*, la doctrina conductora de la política exterior sudafricana durante el gobierno de Thabo Mbeki (1999-2008), que combinaba una visión positiva de la tradición africana con objetivos concretos para mejorar su condición material, puede verse también como una variante moderna del panafricanismo en el sentido de que busca confrontar los retos que plantea la globalización en un orden internacional dominado por Occidente (Chris Landsberg y Dumisani Hiophe, 1999).

Pero, si Sudáfrica jugó un papel clave en la creación de la UA, tuvo un rol aún más importante en la creación y visión de NEPAD. Esta asociación se basa en el compromiso por parte de los gobernantes africanos de crear las condiciones para el crecimiento económico (promoción de la democracia y mantenimiento de la paz) y la supervisión mutua de las cuentas nacionales, a cambio de un renovado compromiso por parte de los países industrializados para con el desarrollo del continente (*mutual accountability and mutual responsibility*) (Lansberg, Op cit: 11). En otras palabras, Pretoria logró conciliar los intereses del Norte con una renovada visión panafricana. Y esto, con las diferencias lógicas en casos particulares, ha resultado definitivo a la hora la escogencia de aliados para la puesta en marcha de, y la forma que asume, el desarrollo africano.

Mientras las elites reestructuran las instituciones con miras a la prevención de conflictos y el desarrollo económico, hay otras amenazas a las que hay que hacer frente con los mismos recursos limitados: Los conflictos étnicos que se expanden por las fronteras porosas, con el consecuente flujo de refugiados, tráfico de armas, enfermedades y deterioro ambiental. Aunque no es un fenómeno nuevo, el mismo se vio acentuado con el debilitamiento de los Estados (Adibe, Clark, Lemarchand y Reno en Khadiagala y Lyons, Op cit).

En este punto bien vale la pena señalar que para el africanista Armando Entralgo (2005), si bien la etnicidad ha sido y continúa siendo una dimensión crítica en la política africana al aportar los ingredientes primarios a la mayoría de los conflictos del continente, la heterogeneidad étnica per se no es el problema. En su opinión, para un paradigma más incluyente en este tema debemos utilizar el de las necesidades humanas: identidad del grupo étnico, seguridad, reconocimiento, participación y autonomía, así como las circunstancias políticas y sistemas económicos que tratan de negar o suprimir esas necesidades básicas. Por eso prefiere hablar de “etnicidad politizada” y lo enfoca precisamente, como un reto para la gobernabilidad.

Como afirma Mbembe, A. (2001), si bien las formaciones sociales africanas no necesariamente convergen todas en el mismo punto, tendencia o ciclo y, de hecho, señalan la posibilidad de una variedad de trayectorias, ni convergentes ni divergentes, pero paradójicamente interconectadas; pareciera que el desarrollo, como concepto guía, no puede ser desligado de la gobernabilidad.

Después del 11 de septiembre de 2001, a este cuadro hay que sumarle los retos a la seguridad que representa el auge del terrorismo islámico. La influencia del Islam y su singular desarrollo histórico en África la hacen un escenario importante bien para el diálogo o para el choque de civilizaciones, ya que este continente cuenta con la segunda población musulmana más grande del mundo (inferior solamente a la del Asia del sur) y su número está en constante aumento. En la medida en que los procesos de modernización intenten separar a los pobladores de sus identidades y de sus redes sociales, el Islam como proyecto político y social estará allí como alternativa.

En efecto, los musulmanes están oponiendo sus propios recursos a la lucha contra el subdesarrollo y las nuevas formas de dominación, pero en la actualidad sólo pueden hacerlo en medio de graves contradicciones que tienen su origen en circunstancias muy diversas. Y el futuro del Islam, y del mundo, dependerá de la solución que se dé a esos conflictos en los que quiere intervenir Occidente como “árbitro”, pues se cree siempre con derecho a decidir lo que es “justo y conveniente” (Mohamed Meerzouk, 1997:142). En lo que a política exterior africana se refiere, según Manar El Shorbagy (2010:441), la radicalización de Estados Unidos en su guerra contra el terror ha implicado la alianza con algunos países africanos, producto de tratos particulares, complicando la visión y la acción conjunta.

En cuanto a los foros multilaterales, cabe mencionar aquí que, aunque históricamente África había actuado en consonancia con el mal llamado Tercer Mundo, logrando importantes triunfos en el establecimiento de una nueva agenda que incluye los problemas del desarrollo, hoy su voz se pierde entre las numerosas demandas de un Sur dividido por distintas realidades y apuesta por una asociación con potencias emergentes como Brasil, Rusia, China e India, (BRIC), las cuatro economías más grandes del mundo en desarrollo, que, en opinión de Goldman Sachs (2003), podrían superar a los países ricos en las próximas cuatro décadas gracias a sus altas tasas de crecimiento; esto con la esperanza de recibir un trato diferente al tradicionalmente acordado por los países del Norte, en el sentido de que estas nuevas relaciones implican menos explotación y dependencia (Khadiagala, Op cit: 163-166).

Sudáfrica fue invitada a incorporarse a este selecto grupo en diciembre de 2010. Si bien es cierto que la población y el tamaño de la economía sudafricanas difieren en gran medida de los de Brasil, Rusia, India y China y eso podría terminar perjudicando al grupo (Sharda Naido, 2012), no hay duda de que las ventajas de ser parte del explosivo crecimiento económico de África superan con creces esta consideración. Así lo afirmó Bheki Langa Embajador de Sudáfrica en China III Cumbre BRICS (Spanish News, 2012):

Hablamos por África como un todo. Traemos la economía más diversificada y avanzada del continente. Es posible que no tengamos el mismo tamaño, pero podemos abrir nuevas oportunidades para ellos, al tiempo que completamos nuestra integración económica en el continente (...) Como una parte importante del Sur y de la comunidad internacional, África debe posicionarse en el lugar que le corresponde y al que tiene derecho en el nuevo orden mundial equitativo“ (...) La participación de Sudáfrica en el BRICS significará que todo un continente con una población, superior a los 1.000 millones de habitantes, estará representado (...) y que llevará la perspectiva africana al foro, como lo ha hecho en otras plataformas globales en las que participa.

Sin embargo, existe la doble preocupación de que, por un lado, Sudáfrica aproveche la oportunidad exclusivamente para su propio beneficio y, por otro, de que esta alianza de paso a un nuevo tipo de colonización en un momento en el que se desarrolla una nueva batalla por los mercados y los recursos naturales del continente. Dicha preocupación se manifiesta sobre todo en relación a China, la cual se muestra particularmente agresiva

en sus políticas de penetración. Osita Agbu (2010:108-203) señala, además, el hecho de que las relaciones con estos países no dejan de estar enmarcadas dentro de la “arquitectura capitalista global”, que por años se ha revelado incapaz de asegurar el desarrollo de los países más pobres. Algunos autores se refieren a este acercamiento hacia China y otras potencias emergentes de Asia y el Medio Oriente como “mirar al este” (*Look East Foreign Policy*).

Resumiendo, en general, los contextos interno y externo se han tornado muy complejos poniendo a prueba la capacidad de las elites gobernantes africanas en todos los aspectos, incluido el diseño y la implementación de su política exterior, quedando demostrado que, como en todas partes, los resultados van a depender del manejo de los obstáculos y de las oportunidades presentes en las Relaciones Internacionales.

CODA

Conviene pues hacer un esfuerzo por comprender la realidad africana para una mejor aproximación a este continente que construye a paso firme su propia modernidad. Todo indica que es la hora de África. Falta que sus dirigentes sepan aprovechar la oportunidad diseñando nuevas y más efectivas formas para hacer frente a sus numerosos problemas económicos, políticos y sociales, sin caer en un nuevo tipo de colonización.

De todas las posibilidades a su disposición en materia de política exterior, para África, la cooperación Sur-Sur resulta la más atractiva dado que, en teoría, garantizaría mejores condiciones para insertarse en el comercio global. En la actualidad, la apuesta más fuerte es por las potencias emergentes (BRICS), sobre todo, China. Sin embargo, las relaciones con el gigante asiático no están exentas de críticas.

América Latina debería preocuparse por estrechar los lazos con sus hermanos africanos en el marco de la competencia desatada por acceder a sus inmensos recursos (*the new scramble for Africa*) y buscar erigirse en una alternativa a la opción representada por los BRICS, los cuales no dejan de generar sospechas entre los países más pobres del Sur.

Para una estrategia eficiente, conviene considerar que el desarrollo en África hoy implica una visión democrática y de crecimiento económico bastante liberal, con un acento en la problemática de la gobernabilidad, por constituir la mayoría de sus países sociedades multiculturales.

Referencias:

Adibe, Clement (2001). Foreign Policy Decision Making in Anglophone West Africa. En: Khadiagala, Gilbert y Lyons, Terrence (eds.) (2001). African Foreign Policies. Power and Process. Lynne Rienner Publishers, Inc. Colorado, Estados Unidos.

API (julio, 2009). The 21 Century Global Scramble for Africa and the Recession. Background paper. Africa Policy Institute.

Afrol news (22 sep.2009). Venezuela acoge cumbre América del Sur- África.

Agbu, Osita (2010). Africa and the Emerging Global South. En: Korwa, Juma y Miti (eds). The State of Africa 2010-2011. Parameters and legacies of governance and issue areas. AISA, Pretoria, SA.

Anderson, Benedict (1991). Imagined Communities. Verso, London (2nd edition).

Clapham, Christopher (1996). Africa and the International System: The Politics of State Survival Cambridge University Press. Cambridge, Inglaterra.

Comaroff, Jean and Comaroff John (1992). Ethnography and the Historical Imagination. Oxford, Westview Press. San Francisco

Cooper, F. (2005). Colonialism in Question. University of California Press. California. USA.

Crawford, Young (1999). The Third Wave of Democratization in Africa: Ambiguities and Contradictions en: Richard Joseph, ed., State, Conflict and Democracy in Africa. Boulder, Lynne Rienner.

Decraene, P. (1962). El panafricanismo. Buenos Aires, EUDEBA.

Dube Saurabh (2004). Post-colonial passages: Contemporary History Writing on India. Oxford University Press. USA.

_____. (1999). Pasados poscoloniales. COLMEX. México.

El Shorbagy, Manar (2010). Domesticating Africa: Fragments of old visions. En: Sindjoun Luc (2010) The coming African hour. AISA, Pretoria, SA.

Enralgo, A. (2005). El oro de la costa y otros recorridos. Instituto Cubano del Libro. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, Cuba.

Fall, Yoro K. (1988). L'Histoire et les historiens dans l'Afrique contemporaine. En: René Remond (ed.) Être historien aujourd'hui. UNESCO, Paris, Francia.

Fouchard, Laurent (2008). África: Las tendencias del período. El Estado del Mundo. Anuario económico geopolítico mundial. AKAL, Madrid, España.

Goldman Sachs (2003). Dreaming with BRICs: The Path to 2050. Revisado: marzo, 2015. Disponible: <http://www.goldmansachs.com/our-thinking/archive/brics-dream.html>

Harootyan H. (2000). Overcome by modernity: History culture and community in interwar Japan. Princeton University Press. Princeton.

Hegel, G.W.F. (1982). Lecciones sobre la filosofía de la historia universal. Alianza Universidad. Madrid, España.

Khadiagala, Gilbert y Lyons, Terrence I (2001). African Foreign Policies. Power and Process. Lynne Rienner Publishers, Inc. Colorado, USA.

Khadiagala, Gilbert (2010). Africa in Emerging International Forums. En: Korwa, Juma y Miti (eds). The State of Africa 2010-2011. Parameters and legacies of governance and issue areas. AISA, Pretoria, SA.

Ki- Zerbo, J. (1981). Metodología y Prehistoria Africana. Historia general de África. Tecnos: UNESCO, Paris, Francia.

Landsberg, Chris (2009). South Africa's African Agenda. Challenges of Policy and implementation. Pretoria: Prepared for the Presidency Fifteen Year Review Project.

Landsberg, Chris y Dumisani Hiophe (1999). The African Renaissance as a Modern South African Foreign Policy Strategy. Revisado: abril 2011. Disponible: <http://www.ceri-sciences-po.org>

Lee, Margaret (2006) The 21 scramble for Africa. The journal of Contemporary African Studies, 24,3.

Le Vine Victor (1980). African Patrimonial Regimes in Comparartive Perspective. The Journal of Modern African Studies, Vol 18 N°4.

Lucena Molero, H. (2010). Diálogo con Hilda Varela. África subsahariana en positivo. Humania del Sur Año 5 N° 8. CEAA-ULA, Mérida, Venezuela.

Mafeje, A. (1971). The ideology of tribalism. En: The journal of modern African Studies. 9, 2 pp. 23-39.

Mazrui, A. (1986). The Africans: A triple heritage. Little Brown and Company. Boston, USA.

Mbembe, A. (2001): On the post colony. University of California Press. California, USA.

Mbuyi Kabunda Badi (1993). La integración africana. Problemas y perspectivas. Agencia Española de Cooperación Internacional. Madrid, España.

Merzouk, Mohammed (1997). Quand les jeunes redoublent la ferocité: L'islamisme comme mecanisme de génération. Archives de Sciences Sociales des religions. 42 année. N° 97. Paris, Francia.

Mudimbe, V. Y. (1994). The idea of Africa. Indiana University. Bloomington, Indiana, USA.

_____. (2009). Carta a Rene Devisch. Universidad de Duke. Carolina del Norte, USA.

Said, E. (1979). Orientalism. Vintage Books. NY, USA

Shotwell, J. (1982). Historia de la historia en el mundo antiguo. México: Fondo de Cultura Económica. Título original: The History of History. Columbia University Press, 1939. NY, USA.

Smith, J. Z. (1998). "Religion, religions, religious (Capítulo 15)", en Taylor, MarkC., ed., Critical terms for religious studies. University of Chicago Press, Chicago, USA.

Sharda Naido (2012). South Africa's presence 'drags down Brics' Revisado: octubre 2012. Disponible: <http://mg.co.za/article/2012-03-23-sa-presence-drags-down-brics>

Thomas, N. (1994). Colonialism's culture. New Jersey: Princeton University Press.

Varela, H. (2007). África subsahariana en la nueva estructura del poder mundial: Exclusión versus democracia. UNAM, México.

Lucena Molero, H. (2010). Diálogo con Hilda Varela. Africa subsahariana en positivo. Humania del Sur Año 5 Nº 8. CEAA-ULA, Mérida, Venezuela.

Spanish News CN (2012). Sudáfrica trae ideas especiales al BRICS, afirma embajador. http://spanish.news.cn/china/2011-04/12/c_13825361.htm

Southall, Roger y Henning Melber (eds.) (2009). A new Scramble for Africa? Imperialism, Investment and Development. University of Kwa Zulu-Natal Press, Kwa Zulu Natal, SA.

Wright, Stephen (1999). African Foreign Policies. West View Press, Colorado, USA.